Prólogo prescindible
por Gregorio Salvador

Digo prescindible porque tengo la sensación de que este prólogo va a resultar completamente inútil y lo único que puedo anticipar, para atenuar y hacer perdonable hasta cierto punto esa inutilidad, es que va a ser también muy corto. Digo inútil porque me temo que nadie se va a parar a leerlo. Quien se haga con un ejemplar de este libro, que es el quinto de la serie sobre las aventuras del capitán Alatriste, no se va a entretener leyendo lo que le pueda decir un lector anterior por muy versado, muy erudito o muy atinado crítico que pueda ser, sino que se va a lanzar ansioso hacia el primer capítulo, *El corral de la Cruz*, y antes de que transcurra un minuto va a estar disfrutando de la presencia y la acción de su héroe, con la espada desenvainada, en la cuesta de la Vega, dispuesto a castigar la insolencia de un joven viandante tras un incidente fortuito, con su reconocida destreza, su esgrima imperturbable y su generosa ayuda posterior al vencido, que resultará ser luego, más adelante, un hijo de Lope

de Vega y de Micaela Luján. Y todo pese a la prisa que lo acucia para llegar a tiempo al corral de la Cruz, donde ese día estrenaba comedia Tirso de Molina. La misma que nuestro supuesto lector, abriendo por fin el libro deseado, ha de tener por recuperar a su admirado personaje y disfrutar viéndolo combatir, en su imaginación, guiado por la exacta prosa descriptiva, ágil y eficaz de su creador, Arturo Pérez-Reverte.

El prólogo, pues, amén de inútil, puede resultarle engorroso al lector que no lo eluda, que alguno habrá puesto que hay gente para todo y nunca falta un roto para un descosido. Será para él como el tropiezo fortuito que obliga a Diego Alatriste al lance de espada y retrasa su llegada al corral de comedias, que es donde está su corazón. Por eso lo prometo breve, para no contribuir a la demora más allá de lo aceptable.

Y es que además, si bien se mira, no me queda mucho que decir, pues en esta colección editorial de las aventuras de Alatriste, cada una de las novelas lleva un prólogo orientador y leídos los cuatro –espléndidos– ya publicados me parece que se ha dicho en ellos todo lo que conviene saber o advertir acerca de la intención, acerca de la época, acerca de los personajes históricos y de ficción, acerca de las realidades recuperadas, acerca de lo que constituye todo ese mundo recreado por Pérez-Reverte para que sirva de escenario a las aventuras y desventuras de esos dos seres, Diego Alatriste e Íñigo de Balboa, el protagonista y el narrador, que cada vez van tomando más cuerpo, más densidad y mayor hondura en nuestra memoria literaria.

Se ha recordado en uno de ellos, por José Perona, que cuando el autor empezó a publicar la serie declaró su intención de preservar la memoria histórica, al ver que un libro de texto de su hija «dedicaba veinte páginas a los últimos años de la historia de España y liquidaba el Siglo de Oro en página y media». Lo ha conseguido evidentemente, porque en general la narrativa nos suele proporcionar mejores imágenes y más vivas de lo que fueron las épocas pasadas de las que nos ofrece la historia desnuda de los hechos y los datos precisos, por bien documentada que esté. Si uno vuelve a la historia de España que le tocó aprender, más generosa en páginas con los siglos XVI y XVII que con el siglo que estábamos viviendo y que llevábamos impreso en nuestra propia biografía sin que nadie nos lo tuviera que explicar, aquellos siglos esplendorosos no iban más allá, en nuestra conciencia, de las páginas del manual, mientras que el siglo XVII de la historia de Francia se nos iluminaba en las novelas de Alejandro Dumas y nos era mucho más familiar y presente el Cardenal Richelieu que el Conde Duque de Olivares, nos sentíamos más cercanos de Luis XIII que de Felipe IV y ocupaban nuestras fantasías los mosqueteros franceses y no los soldados de nuestros tercios de Flandes. Que Arturo Pérez-Reverte esté poniendo remedio a eso, aunque sea tarde, consuela.

Precisamente el caballero del jubón amarillo que da título a la novela resulta ser el rey Felipe IV y el Conde Duque también tiene papel en la trama. Y escritores, algunos de los escritores que le dieron su áureo resplandor a ese siglo. En el primer capítulo se nos cuenta, como he apuntado, el

estreno de una comedia de Tirso, con entremés de Quiñones de Benavente, al que asiste don Francisco de Quevedo acompañando a los dos protagonistas. Y en el segundo hacen un recorrido por los mentideros literarios, saludan y conversan con don Pedro Calderón de la Barca y visitan, en su casa, a Lope de Vega, con quien platican en su jardincillo, hasta mediada la tarde, en amena tertulia, con directas alusiones a otros autores de la época, incluido Cervantes y un intercambio de opiniones sobre el *Quijote*.

Quevedo aparece siempre como amigo muy próximo al capitán Alatriste y tiene amplia, destacada y activa presencia en estos relatos. Me parece que va a renacer su popularidad, que como se sabe fue larga y duradera. Todavía en mi niñez y adolescencia, hace sesenta o setenta años, se contaban, entre la gente, dichos y hechos de Quevedo, al que le atribuían toda suerte de gracias y extravagancias, incluidos chistes burdos, zafios o simplemente estúpidos, productos de baja calidad y gracia nula, que le colgaban a su mítica, borrosa y deformada personalidad para darles, con su nombre, pretendido marchamo de excelencia. Pérez-Reverte trata su figura con respeto y acierto. Lo empareja con Alatriste, al que acompaña en algún que otro lance, pero no tiene que forzar la imagen porque, entre tantas otras cosas, también Quevedo fue hombre de aventura. Me temo, en cualquier caso, que si se le pregunta por Quevedo a un bachiller exprés de los que ahora se producen será muy probable que no vaya más allá de respondernos que se trata de un personaje de Pérez-Reverte, lo que bien mirado no será poco, dada la situación actual de la enseñanza y el desinterés por

todo lo valioso que nos legó el pasado, aunque la intención de estas novelas sea la de llamarnos la atención sobre él.

Porque ese pasado ya es pasado en la propia ficción narrativa. Se supone que Íñigo de Balboa, ya en su ancianidad, en las postrimerías del siglo XVII, desde su memoria y su melancolía y con no poca desilusión, nos relata estos hechos ocurridos cuando era mozo, en 1626. Y ahí, como suele ocurrir con frecuencia en los relatos imaginados, se entrevera en el discurso del personaje el sentimiento del propio autor, su perspectiva y valoración de todas aquellas circunstancias y hechos pretéritos, ya no directamente vividos sino leídos, reconstruidos por las palabras y pareceres de unos y de otros. Lo cierto es que en el discurso de Íñigo oímos no pocas veces la voz de Arturo, la voz del Pérez-Reverte deslenguado y combativo que fustiga cada domingo, desde su página de *El Semanal*, todo lo que tenga que fustigar, que alaba sin empacho todo lo que sea digno de alabanza y que muestra a las claras su amor y su preocupación por esta patria nuestra llamada España y el dolor que le producen sus flaquezas y desventuras y que pueda ser madrastra de sus hijos verdaderos, como dijo el clásico, acaso por ser madre de muchos hijos con tan mala índole que se le vuelven hijastros y la desdeñan y la menosprecian.

«En aquella pintoresca España nuestra, tan extrema en lo bueno como en lo malo –relata Íñigo, con la pluma de Arturo–, ningún médico era castigado por matar al enfermo con sangrías e incompetencia, ningún letrado perdía el ejercicio de su oficio por enredador, corrupto e inútil, ningún funcionario real se veía privado de sus privilegios por

meter la mano en el arca; pero no se perdonaba a un poeta errar con sus versos y no dar en el blanco. Que a veces parecía holgarse más el público con las comedias malas que con las buenas, pues en las segundas se limitaba a disfrutar y aplaudirlas, sin otro aliciente, mientras que las primeras permitían silbar, hablar, gritar e insultar. (…) Y así dábase rienda suelta a una de las mayores aficiones de los españoles, que es vaciar la hiel amargada por los malos gobiernos mostrándose bellacos en la impunidad del tumulto. Pues de todos es sabido que Caín, naturalmente, fue hidalgo, cristiano viejo y nació en España».

El autor está siempre presente y como su figura nos había entrado por los ojos, en la televisión, antes incluso de que empezara a escribir novelas, hay bastantes lectores que me confiesan que al capitán Alatriste lo encarnan en él. Alguno me decía que no era necesario haberse ido a buscar un actor extranjero para representar al capitán en esa película que se ha rodado con sus aventuras, que podría haberlo hecho como nadie el propio Pérez-Reverte, que no hace mucho confesaba que, a veces, ensaya con la espada algunos pasos y trucos de esgrima antes de ponerse a describirlos.

Ni siquiera falta en esta novela el tema más constante y recurrente en su obra, el de los soldados perdidos en territorio enemigo, sin retaguardia que los proteja, que lo deslumbró cuando era un simple muchacho que estudiaba griego y traducía la *Anábasis* de Jenofonte, porque esa se iba a convertir para él en la gran metáfora de la vida: el hombre no es más que un soldado perdido en territorio hostil. Aquí se la adjudica a la condición femenina, a las dos mujeres que

forman parte esencial de la trama. Cuenta Íñigo que viendo a María de Castro «con aquel modo particular que tenía de mirar a los hombres, haciéndolos sentirse elegidos y únicos en el mundo, no pude evitar que mi pensamiento volase hasta Angélica de Alquézar, y eso hizo que me interrogara sobre si de veras le importaba a la Castro la suerte del capitán Alatriste, e incluso la del rey mismo, o si por el contrario reyes y peones serían en el ajedrez de mujeres como ella –tal vez en el de todas las mujeres– piezas coyunturales y prescindibles. Y me encontré meditando sobre si María de Castro, Angélica y las otras podían compararse, al cabo, con soldados en territorio hostil, viéndolas como yo mismo me había visto en Flandes: merodeadoras forrajeando en un mundo de hombres, usando contra ellos, como munición, su belleza, y como arma, los vicios y las pasiones del enemigo».

Hay mucha tela que cortar en esta novela. Si pese a mis pronósticos algún lector se ha entretenido en el prólogo, mi consejo es que no pierda ya instante y se sumerja en el agitado y acuciante relato. Y si algún otro, leída ya la novela, ha decidido darse una vuelta por el prólogo, lo que es más probable, confío en que pueda hallar en él expresadas alguna que otra de las ideas e impresiones que a él se le hayan ido ocurriendo durante la lectura.